

**Matías Múgica**

**DEBILE PRINCIPIUM**

**LIBELO  
SOBRE LA CULTURA EN EUSKERA**

**Lo que dicen los ojos**

Aún recuerdo la extraña sensación que experimenté en los Encuentros de Verines del verano del 91. Había sido invitado allí junto a otros escritores —una veintena, si no me equivoco— de la geografía española para charlar, divagar y discutir sobre la novela y el mito, pero debo confesar que asistí sin saber muy bien en virtud de qué méritos había sido invitado. Me explico. En principio, y así lo habrían manifestado los organizadores de los Encuentros, yo estaba allí representándome a mí mismo gracias al valor que se me suponía tras haber escrito un libro determinado. Sin embargo, yo sospechaba que, al margen de mis méritos, mi presencia allí se debía a la necesidad de cubrir la cuota de participación de una de las lenguas peninsulares, en mi caso el euskera. Sospechaba igualmente que, de haber escrito aquel libro mío en castellano, y aún suponiéndole los mismos méritos excelsos, yo no habría estado allí. Todas aquellas cavilaciones me sumían en un estado de ánimo equívoco e incómodo que me llevaba a pensar que, lejos de representarme a mí mismo yo estaba representando en realidad a otra cosa, a algo que me superaba, algo que podemos denominar cultura vasca o cultura en euskera. Naturalmente, me sentía indigno de representar algo tan empingorotado y también he de confesar que no me asistía deseo alguno, y aquí no pecho de falsa humildad, de cortejar a tan excelsa dama. Ni a esa ni a ninguna otra de similar copete.

Esta sensación que, lo fuera o no, me hacía sentirme un impostor, vino a ser reforzada además por las opiniones vertidas por algún que otro asistente no vasco a aquellos encuentros. Uno, que al parecer había asistido ya a varios de aquellos eventos, dijo, por ejemplo, que los vascos siempre íbamos con opiniones compartidas, es decir, que todos coincidíamos en nuestras opiniones. Venía así a restarnos individualidad, a despojarnos de un criterio personal propio, y a endilgarnos, si bien sin decirla explícitamente, esa representatividad que estaría siempre en función no de cada uno de nosotros, sino de esa otra cosa a que antes me refería. Con todo candor, y con toda su buena intención, aquel participante desplegabá ante nosotros las entrañas de un, digamos prejuicio: los vascos estábamos allí porque la corrección política exigía que a la literatura euskaldun, como a la catalana y a la gallega, se le asignara un espacio.

Pero mucho más explícito y contundente se manifestó otro de los asistentes cuando, sin querer prejuzgar méritos ajenos, criticó el sistema de participación por comunidades lingüísticas,

propugnando en su lugar una presencia fundada en la competencia personal sobre el tema a tratar. Sin duda alguna, él se sentía allí muy en su lugar y estaba claro que a él no le asistían mis temblores ni remotamente podía él sospechar que pudiera estar allí representando a nada que no fuera su propio mérito, a eso que pudiéramos llamar cultura española o cultura en lengua castellana. La variopinta diversidad de ésta no permite que puedan concebirse tales sospechas. De todos modos, he de decir que, curiosamente, salvando a los vascos y a alguno más, en aquellos Encuentros todos hablaron de su abuela, la tradición rural y la oralidad. Al menos en aquella ocasión, eran los no vascos los que ejercían el papel que el tópico suele atribuirnos.

Viene todo esto a cuento de que me han pedido que haga una pequeña presentación al ya célebre "Libelo" de Matías, tarea a la que me presto gustoso. Yo no sé muy bien cómo se hacen estas cosas. Supongo que podría haber optado por un sesudo análisis que diseccionara el opúsculo en su estructura y contenido, o bien por un panegírico desmelenado que cantara sus excelencias y avivara la hoguera. Pero la leña es, y ha de ser, la de Matías, que es el autor, y al que yo solamente doy la mano. por lo que he optado por ésta pequeña anécdota, algo equívoca quizás respecto a lo que después habrás de leer, querido lector, un leve frontispicio que tal vez sirva como ilustración de los sudores que le provoca nuestra cultura a quien quiera trabajar en su seno honestamente y sin querer engañarse a sí mismo. No me cabe ninguna duda de que el "Libelo" responde también a esa misma preocupación: una necesidad de desbrozar, de iluminar la vacua caverna oscura que da cabida al oportunismo y a la mediocridad, y que rodea a lo realmente valioso de una cultura agobiándola hasta el riesgo de ahogarla; una urgencia por realizar un diagnóstico que señale los finales para así poder remediarlos. Y todo ello desde lo que dicen los ojos, sea cual sea el dictamen de los "indicadores objetivos". Maticemos que son los ojos de la inteligencia los que descubren el "simulacro" que a los ojos de los sentidos no se les presenta como tal sino como verdad. Y que es el sentir el que nos alumbrá, el incómodo con uno mismo el sentimiento de participar en una farsa que, en definitiva, está consumiendo nuestra vida.

Toda cultura que se quiere nacional es primero, y antes que nada, un continente. Como los límites fronterizos, que son como los bordes de una caja que la Nación tendrá el sublime objetivo de colmar de "lo mismo", también las culturas serán un envase a la espera de ser colmado por obra de la gracia o, en su defecto, por mor del imperativo. Así la Cultura, la nuestra, cuyo contenido será de un valor todo lo discutible que se quiera —coincido en su mayor parte con el lanzado de Matías— existe sin duda como continente a la espera de ser colmado. Existe, además, de forma tan imperiosa y dominante, que parece devorar a sus sujetos, tal y como lo he querido ilustrar con mi anécdota inicial. Incluso Atxaga, más que un excelente escritor con valor propio, es sobre todo *Kultura Baska*, un aval de esta, y si es contemplado con reticencia en determinados ambientes lo es precisamente porque trata de liberarse de esa condición agobiante.

Todos nuestros males derivan, pienso, de nuestra necesidad de homologación de esa necesidad del estándar, como bien señala Matías en otro lugar. Una lengua nacional —que si no como realidad, al menos debe figurar como ficción— en lugar de las dos existentes y propias. Una nación, una lengua. Pero esa, en nuestro caso, falacia está abriendo abismos de silencio, incomprensión y frustración, y está además, para mayor desgracia de sus defensores, deteriorando de forma preocupante el euskera. E igualmente una cultura, propia, específica, apenas tangencial a las del entorno, pero, eso sí, homologable a todas ellas y armada ya con todos sus atributos desde el inicio de los tiempos. Desde los inicios, sin embargo, lo que se hacía nada tenía que ver con ese constructo, con ese envase abismal al que ahora denominamos *kultura*.

Veamos, por ejemplo, lo que ocurre en el campo de la Literatura, así con mayúscula. Ahí, desde los inicios, los vascos, los pocos que lo hicieron con algún valor, escribieron en castellano. Hasta el siglo XVI nadie escribió en euskera algo con cierta entidad, y también a partir de ese siglo aquellos,

salvo alguna que otra excepción, que quisieron escribir literatura, y no doctrina apologética, siguieron escribiendo en castellano. Al menos hasta bien avanzado el siglo pasado. No obstante, esas obras y esos autores no existen para nuestra kultura. Bien, de acuerdo, no abramos el cajón de los agravios y demos por bueno el deseo oficial. Partamos, pues, que la literatura vasca la constituyen únicamente los libros en euskera, pero este acuerdo apaciguador nos abrirá, ¡ay!, el boquete del desastre, porque a partir de ahí se nos ofrezca no será un simulacro sino la mismísima caja de Pandora.

Lo escrito por vascos en castellano, eso que dejamos fuera, constituye un apéndice de una producción más amplia que por si misma establece ya unos criterios de validez. En el terreno amplísimo de la literatura escrita en castellano, los vascos no nos homologamos, sino que competimos, y está claro que ningún Juan Lanas pasa la criba de la historia. Pueda ser que al escribir en castellano estemos también participando en una literatura nacional, otra, pero en esa el continente está ya bien colmado y el referente nacional, el afán de construir nación, ya no puede ser acicate para nadie que se precie: ahí ya no se escribe para el catálogo, pues en este apenas si queda ya sitio para nadie. Algunas de sus cima ni siquiera pertenecen ya a "esa" nación.

Cualquier nación, en tanto que se concibe como tal, tiene vocación de poderío, y debe mostrar esos poderes que le dan carta de naturaleza: la historia, el arte, la literatura... esas humanidades que son en verdad tan inhumanas. Ninguna nación es tan humilde como para imprimir en sus credenciales: acabo de nacer y aprendo. Ninguna es tampoco tan generosa con sus hijos como para resistirse a programarles su futuro. Tampoco la vasca, que sabemos muy bien que existe sin data fundacional, que no parece dispuesta a aprender demasiado de nadie y que además nos ha programado ya demasiadas cosas: la lengua, por ejemplo. Y bien, ya tiene, como todas las demás naciones, su historia literaria y, como todas las Historias de la Literatura que en el mundo existen, también la suya constará de diez volúmenes. Y tendrá representantes de todas las épocas y movimientos habidos y por haber, por más que a algunos haya que maquillarlos vanamente para que encajen en el recuadro. Con tantos volúmenes y tanto movimiento que rellenar, es evidente que cualquiera que escriba en euskera tendrá derecho a tener su panteón y a que su nombre relumbre *per omnia saecula saeculorum*. La inmortalidad como se ve, está barata entre nosotros, y el "*dur désir de durer*" que decía creo que Valéry, se satisface entre nosotros con escasa dureza. Tanta lápida sin riego encierra, sin embargo, el riesgo de convertir cualquier Historia de la Literatura en un cementerio. Subrayemos que ese peligro es real para la literatura vasca.

La ocasión para figurar, para poder estar en todos los medios con una celebridad que excede el cuarto de hora de Warhol, y hasta de tener una calle en el pueblo está tan al alcance de cualquiera que a nadie le interesa que se cierre la espita. De ahí quizás que los "guapos" de esta historia, como bien dice Matías, molesten, y que la crítica de verdad, aquella que distingue lo malo de lo bueno, brille por su ausencia. Sólo de ese modo es posible que entre nosotros se pueda copiar impunemente, que se pueda ofrecer una traducción como obra propia, que lo más granado de la literatura universal circule por ahí como obra autóctona sin que a esta se le haya propuesto ya para el Nóbel. Como todo vale, y como casi todo es lo mismo, por ahí podría pasar el mismísimo Kafka, traducido de tapadillo y atribuido, digamos, a Gorrotxategisin que nos enteráramos del plagio y, lo que es peor, sin que le diéramos el valor que al mismo texto firmado por Kafka sí le otorgamos. Una literatura que no genere su crítica es una literatura enferma, lo mismo que una Kultura que no engendre la suya. Pero, en fin, dejemos ya hablar a Matías. Que ustedes lo disfruten y lo sufran.

Luis Daniel Izpizua  
San Sebastián, Febrero de 1998.

## Introducción

Pío lector, lo que sigue es, te lo advierto desde el principio, un ejercicio de subjetividad, por no decir de arbitrariedad. En ningún momento he pretendido fundamentar objetivamente mis puntos de vista. Incluso creo que no aduzco prácticamente ningún dato. Se trata fundamentalmente de impresiones personales, experiencias, casi diría sentimientos, que no constituyen, ni en intención, una descripción objetiva de las cosas. Son simplemente la forma en la que yo percibo las penas y las glorias de la cultura en euskera, y no tienen otro valor que el de la sintonía que puedan despertar en alguien.

Me propongo además practicar a placer la distorsión y el esperpento cuando me sirvan para expresar mis opiniones más eficazmente.

Ambos rasgos, el punto de vista radicalmente subjetivo y la exageración pedagógica, son los principios motores de un género, el libelo, injustamente ignorado entre nosotros (el panfleto sí es muy nuestro, pero es otra cosa); los vascos, ya se sabe, tendemos a la rigidez, a la falta de humor y a los planteamientos simplistas; el libelo es algo demasiado elaborado para gente que se lo toma todo al pie de la letra. Y sin embargo es un género muy necesario y de mucho valor moral. Cuando es honrado, contiene siempre poderosas dosis de verdad. Mejor dicho: contiene generalmente bastante más verdad que los estudios objetivos; como decía A.V. Grimstone, "el precio de la demanda de exactitud científica y rigor filosófico es demasiado a menudo excluir de la discusión cualquier cosa de interés". No todo está, gracias a Dios, en las estadísticas. Tengo la impresión, al contrario, de que casi todo lo importante suele estar fuera de ellas. Por ejemplo, en el campo de la cultura vasca, los "indicadores objetivos", si no me equivoco, abonan el optimismo que pasean por ahí nuestros funcionarios, mientras que, a mí, los ojos me dicen otra cosa.

En cuanto al objeto de esta crítica, no soy tan ingenuo como para pensar que la verdad, ni siquiera en grandes dosis, pueda llegar a atravesar la espesa capa de prejuicios que protege de los hechos a un cerebro ideologizado; sé de sobra que esta crítica será generalmente inútil. Y aún las pocas veces en que la capacidad de reflexión y autocrítica no estén embotadas por la doctrina, no dejará de suscitarse la cuestión de la conveniencia o inconveniencia de decir todo esto, aunque sea verdad, y de decirlo además en castellano.

Corre por ahí, en efecto, la idea de que el manejo de las verdades debe ser responsable y estas deben callarse cuando resultan perjudiciales, especialmente para el desfavorecido. Tal vez, pero a la vista de adónde ha llevado a la "cultura vasca" la práctica continuada de la mentira piadosa, me parece que una brusca exposición a la luz sólo puede hacerle bien. La patológica tendencia que en esto y en tantas cosas tenemos los vascos al disimulo da tan tristes frutos que sería hora tal vez de ensayar otro sistema.

En cuanto a hablar del tema en castellano, me parece absolutamente necesario: el euskera es una muralla infranqueable para la mayoría de la sociedad vasca; los vascos se quejan continua y justificadamente de vivir totalmente ignorados en su propio país. Tienen razón, pero no cabe negar que parte de culpa les incumbe a ellos mismos, que han sabido revertir en beneficio propio el aislamiento y no me parece que hagan demasiados esfuerzos por darse a conocer y disipar un poco su olor a cerrado. Y es que el gueto, junto a muchos inconvenientes, tiene ciertas ventajas: Permite

una anomía desconocida en el grueso de la sociedad, una impunidad, diría, si la palabra no me pareciera exagerada: aquí uno no está sometido al estándar, bastante duro, que rige afuera, lo cual es especialmente útil cuando los fondos para las actividades proceden en grandísima parte del resto de la sociedad.

Por otra parte es bastante tradicional en el mundo vasco recurrir al castellano cuando alguien verdaderamente quiere remover los cimientos de una cuestión y sacudir conciencias (estoy pensando, por ejemplo, en un incendiario artículo de Mitxelena sobre la "lexicografía técnica"). Es curioso, pero sólo cuando las cosas se dicen en castellano se consigue encrespar las aguas de la charca, lo cual dice bastante acerca de nuestra íntima verdad lingüística. En euskera parece que toda pólvora sale mojada. Sin duda esto se debe a varias razones: por un lado tiene mucho que ver con la impotencia retórica de que suelen padecer los que usan el euskera como medio de expresión. Poca gente es capaz de ser contundente en vasco, ni en lo hablado ni en lo escrito. Por otro lado la crítica e» euskera es una bala lastrada, de trayectoria cortísima, que toca tierra mucho antes de salir del círculo de los leales; por acerba que sea, sólo la leerá la familia, lo que tranquiliza mucho.

Pero en mi opinión lo que necesita este mundo es precisamente una mirada externa. El ámbito del euskera es tan reducido, hasta tal punto son todos aquí padres, hijos, hermanos, novios, amantes, marido, mujer, primo, empleado, patrón, colegas, vecinos, concelebrantes, cuñados o inquilinos los unos de los otros, que salvo casos muy contados, la factura de decir lo que verdaderamente se piensa es altísima. Una tupida red de relaciones (e intereses) personales hace difícil hablar (dejando aparte a los que no tienen nada que decir porque viven felices en el mejor de los mundos, el vasco, que no son pocos). Aquí, como en la aldea, la crítica sólo se la puede permitir el que tras asomar brevemente la nariz no se va a quedar allí a esperar que le pasen la factura de su hazaña.

## La cuestión

Pero ¿de qué estamos hablando? ¿Existe verdaderamente algo que pueda llamarse una cultura en euskera? La pregunta no es ociosa en un escrito en castellano y dirigido a un público en parte no vasco: el euskera sigue siendo una formidable muralla por la que apenas pasan las noticias. ¿Existe, pues, tal cosa como una kultura, fuera de la acepción etnológica del término? Pues sí, efectivamente, existe una producción cultural *sensu lato* en lengua vasca, bastante variada y que ocupa casi todos los campos; la primera noticia que tuve yo de este mundo, antes de aprender euskera, fue en un manual postfranquista de literatura española, en el que un famoso académico definía la literatura vasca (allá por el año 75) como «perfectamente al día tanto en forma como en contenidos». Recuerdo que entonces un juicio tan benévolo me llenaba de orgullo. Ahora que conozco mejor el patio, de tan benévolo que me parece me asalta la duda de si no era irónico. Pero no lo creo; sencillamente a Don Fernando, hombre elegante, debía de repugnarle el lanzazo a moro muerto, y guardaba unas palabras amables para el desfavorecido.

Además en cierto modo era verdad: ««perfectamente al día en formas y contenidos». Pues sí, si se quiere es cierto: la cultura vasca ha conseguido hacerse homologable, valga la expresión. No por ello deja de ser en general bastante deleznable, claro, pero ahora lo es de forma más normalizada, más estándar, lo que a ojos de algunos es un gran logro. Desde que salió de su semiclandestinidad, nuestra kultura se ha mostrado ansiosa de asimilarse, de integrarse en patrones, de incorporarse los artilugios culturales, figuras, instituciones y oficialidades de la cultura europea estándar. Las circunstancias políticas, con el escenario del poder dominado por el nacionalismo, han permitido, gracias a una subsidiación generosa, ignorar las circunstancias reales del idioma y sus hablantes y alcanzar este objetivo. Han sido años de bienes. Sacada de la marginalidad o la parroquia y elevada a centro de mesa del cotarro, la kultura vasca ha tenido que centuplicarse para dar abasto. Pero lo ha conseguido: damos la talla, somos como los demás, hermosa escarapela que ya nos concedía Lázaro Carreter hace veintitantos años, con bastante menos méritos que ahora. Nuestra cultura vernácula está homologada y al día; tenemos novelistas, poetas, dramaturgos, periodistas, pensadores, patriarcas, jóvenes promesas, enfants terribles, columnistas, ensayistas, cineastas, traductores, funcionarios culturales, etc.

Como en las *troupe*s pobres, varios o todos estos personajes se concitan a menudo en una sola persona<sup>1</sup>. ¿Qué más puede pedirse? Hombre, pues por ejemplo que todo esto pudiera contemplarse sin sonrojo, pero eso, al parecer, no es tan importante. ¿Cumple o no cumple el tornillo la normativa? Pues entonces no me venga usted con que la aleación es una filfa. Es un tornillo estándar y a callar.

*Optat ephippia bos*, desea la vaca arreos de caballo, decía el clásico. No puede formularse mejor lo que le pasa a nuestra cultura en vernáculo: era una escuálida vaquita relegada al fondo del establo, toda piel y huesos, pero ahora es la reina del baile; en pocos años hemos conseguido, para pasmo de propios y ajenos (sobre todo de ajenos) tenerla ensillada y arreada en figura de Bucéfalo, con los

---

<sup>1</sup> En el Egunkaria del 12 de diciembre veo reseñados en páginas contrarias dos acontecimientos: el congreso anual de Galeuzca y el mercado del libro de Durango. En las dos páginas, en exacta simetría, la foto de los protagonistas es la misma. Es un error, naturalmente, pero casi podría decirse que freudiano, ya que el pequeño desconcierto que por unos instantes produce es muy similar al que surge de la observación al natural de las letras vascas: los de la foto, en distinta postura y con distinto traje, son siempre los mismos en un alto porcentaje, ya se trate de un reparto de premios literarios, un congreso de traductores o un certamen de cine euskaldun.

mejores jaeces, todo de excelente calidad, sin reparar en gastos. La vaquita, a todo esto, no entiende gran cosa, pero está contenta: entre todos la hemos convencido de que es un caballo.

Pero no lo es: es una vaca. Y si antes era un animal amable y simpático en su modestia, ahora producen cierta repulsión sus pavoneos y su engreimiento, y, sobre todo, su mentira: el hecho de que en una parte muy grande no corresponde a nada. Ya hace años decía, creo que Jon Juaristi, en la revista *Pott*: "la cultura vasca es un simulacro", y le contestaba creo que Atxaga: "no seas tan sino cero". El mundo de las letras vascas sufre de una rara hidropesía, probablemente terminal, fruto directo en mi opinión de partir, más que de sus necesidades y posibilidades, de un impulso administrativo-oficial de imitación, de esta especie de furia copiona que nos ha entrado. Todo esto ha producido un *boom* de cargos, funcionarios, figuras culturales, casillas, rincones, covachuelas, sueldos, prebendas y subsidios, y como en todo caso de escandalosa inflación, el resultado inevitable ha sido la devaluación: circula mucho papel, pero no vale gran cosa.

Me voy a permitir exponer un breve problema (le aritmética elemental para aclarar cuál es en mi opinión el fondo del problema: ¿qué población mínima deberá tener una localidad para poder organizar sin ridículo un concurso de belleza de, digamos 20 participantes, teniendo en cuenta que en la raza humana la proporción es de un guapo por 20 feos? Hasta un niño sabría hacer esta cuenta. Pero nosotros no: hemos montado nuestro particular sarao *Miss Kultura* sencillamente homologándolo al de nuestros vecinos, por una pura cuestión de imagen corporativa, sin atender demasiado a si realmente necesitábamos eso o sobre todo a si realmente éramos capaces de tanto. El resultado está a la vista: junto a algunos guapos, ha subido al estrado todo el mundo: los normales, los feos y hasta auténticos picios. Pero eso sí: hemos conseguido con ímprobo esfuerzo y mucho dinero (público), que la organización, el estrado, los focos, las bandas, los horrendos numeritos de los candidatos y sobre todo los premios en metálico, que es lo importante, sean homologables, europeos, iguales que los de los demás.

Merece la pena reflexionar un poco sobre el mecanismo mental que nos lleva a creer que con estas cosas, a base de hacer fotocopias desvaídas de la cultura europea (mejor dicho, para dejarnos de tapujos, de la pura y llana cultura española, y no de la mejor) se arregla en el fondo nada, se "normaliza" (último fetiche verbal de nuestros funcionarios) nada. En mi opinión lo que juega aquí, aunque suene a *boutade*, es una especie de rebrote de fe en la magia simpática según la define Frazer, es decir, en el contagio de virtualidades por mero contacto físico con algo circunstancialmente unido a ellas. Así, el hombre primitivo cree que vistiendo la piel del león se imbuye de la fuerza del león, y así también nosotros creemos que por rellenar de cualquier cosa el catálogo europeo normalizado "cultura", hemos resuelto el problema. En todo civilizado, ya lo sabía Conrad, duerme un cazador paleolítico siempre dispuesto a romper sus cadenas. Esta fe en el envase, por cierto, es característicamente funcional y burocrática: cuando algo ajeno se juzga deseable, la actuación administrativa clásica es reproducir su envoltorio, en la confianza de que el contenido, merced a la virtud mágica de la cáscara, surja sólo. Y esto es así porque por naturaleza la Administración sufre de un déficit de imaginación, y fusilar, aunque inútil, siempre es fácil: un buen recurso para parecer que se hace algo cuando no se sabe qué hacer. Hay que tener dinero, claro, pero nosotros, gracias al imperio político del nacionalismo, lo tenemos. Aquí, y hoy, parece que lo esencial para nosotros es hacernos con una concha vistosa. ¿Por qué? Por la poderosa razón que lo mueve casi todo en estos tristes tiempos: porque la concha, y no el contenido, es lo que va a salir en la fotografía.

No falta por supuesto quien esté encantado con todo esto. Son incluso, creo, aplastante mayoría. Y es que estos tinglados son beneficiosos para mucha gente, y no me refiero sólo a su bolsillo, sino también a una autoestima maltrecha. Los picios del concurso, por ejemplo, elevados a reina de belleza (futuro altamente improbable para ellos en ningún otro sitio), no estarán de acuerdo con mi

diagnóstico. Están encantados en su concha de colorines gastando el dinero de todos en jugar a ser suculentos percebes cuando en general no pasan de insípidas chirlitas.

Y lo más gracioso es que en este circo los guapos, que los hay, molestan. A su lado resulta más difícil mantener la ficción, y al público, por comparación, se le escapa la risa, y, claro, eso molesta. Conque a los de mérito, en estos chiringuitos, se les intenta empujar discretamente fuera del escenario. Si se parten la cabeza, mejor. Son conocidas las reticencias que despierta Atxaga en mucha gente. Es sospechoso de poca lealtad. Incluso escribe en castellano. Lo que es, sobre todo, es un molesto contraste; mucha gente vivía más tranquila cuando no estaba. También podríamos preguntarnos por qué Eduardo Gil Bera, uno de los más originales escritores en euskera, está publicando en castellano. Su traición no habrá dejado de comentarse en términos abominables. «Traicionar, joder, se dice, fácil. ¿Y poder? Lo de traicionar es como abrir una ventana en la cárcel. Ganas tiene tomo el mundo, pero a ver quién es el guapo». Son palabras de Céline, felón de genio. De los vascos la verdad es que muy pocos podrían traicionar nada, ni siquiera un poco: ningún enemigo en su sano juicio los acogería. La lealtad, en estas condiciones, es barata.

Este vicio de vestir monas de seda, por lo demás, no es monopolio de las letras vascas. También en el mundo cultural español pasan a veces cosas parecidas, desde luego. Pero nuestra *kultura*, me parece, es un caso verdaderamente extremo de envasismo y además hay una gran diferencia: también en castellano, ciertamente, se produce bazofia, pero en su mayor parte pertenece a lo que podría llamarse basura confesa: productos de consumo que no pretenden ser más que lo que son y que en su propia falta de pretensiones encuentran cierta dignidad. En las letras vascas esto no existe: nuestra basura (que es una parte increíble de la producción) es otra: basura, podríamos decir, con ínfulas: lo nuestro no es la novelilla de vaqueros, ni el ínfimo culebrón, no: el hombre de cultura basko no se anda con chiquitas: lo suyo es la novela de prieto discurrir (y mucho mensaje, sobre todo mucho mensaje), la lírica sublime, el denso ensayo... etc., todo con mucho fundamento, nada de frivolidades, pero realizado, claro, a nuestro nivel, es decir, con un talento y una formación que muchas veces no darían ni para un horrendo folletín. Esta es la marca de la casa: casi nada de todo esto podría publicarse en un idioma mínimamente sometido a las leyes del mercado: casi nada se publicaría, por ejemplo, en español, idioma en el que el filtro de calidad es mucho más alto (aunque también aquí a veces se vende gato por liebre). En vasco, a juzgar por lo que sale a la calle, el filtro prácticamente no existe; entre la subsidiación pública y el hecho, gracioso, de que las instituciones compran una buena parte de la edición que previamente han subsidiado, con destino a escuelas, institutos, bibliotecas, y —a veces uno piensa— orinientos sótanos<sup>2</sup>, parece que basta con vender sorprendentemente poco a personas físicas para no perder dinero. Esto no le sucede a quien edita en español, que tiene que vender para sobrevivir y es por tanto mucho más parco a la hora de publicar el tipo de bodrio campanudo en que nos especializamos. El euskera, tristemente, se convierte en cobijo de aquellos cuya incapacidad les veta publicar en ningún otro idioma, y corre grave riesgo de ser, de hecho en gran medida ya es, un mundo cómodo, familiar (como toda familia lleno de rencillas), privilegiado, donde es fácil ser alguien porque siempre hace falta gente en su desproporcionado candelero, y que permite alcanzar localmente un estatus y prestigio (y dinero) parecidos al de quienes trabajan en castellano, pero con francamente menos esfuerzo y mérito que ellos. Es relativamente fácil ser un *euskal idazle* o un *euskal aktore* o *kazetari*, mucho más fácil en todo caso que ser escritor, actor o periodista en castellano. Y claro, el camino fácil tienta al débil. No estoy llamando tontos a los vascos. Por lo que me ha tocado ver, Minerva diosa de la inteligencia no nos ha tratado especialmente mal en su siempre desigual reparto. Simplemente llamo la atención sobre el hecho de que la subsidiación y la oficialización de una cultura entraña siempre

---

<sup>2</sup> ¿Se descubrirán algún día, en algún descampado alavés, inmensas zanjas llenas de la mejor euskal literatura acumulada durante años de subsidiación? La fosa común, ya se sabe, es el modo clásico de eliminar las evidencias de una fechoría.

el peligro de consagrar y perpetuar una mediocridad empingorotada, de caer en un agradable letargo, como el que según dicen precede a la muerte por congelación.

La subsidiación además incita al engrimiento, a algo que podríamos llamar el pavoneo de la favorita, que se da bastante, me parece, entre nosotros.

## La afición

Una pregunta que viene a la mente después de decir todo esto es la de cómo ven estas cosas los vascos, que en definitiva son los que las financian con su dinero. Los vascos, en primer lugar, son monolingües castellanos en su gran mayoría (las tres cuartas partes) y por tanto opinan sobre estas cuestiones por referencias; si sus dirigentes político-espirituales les dicen que las letras vascas "están perfectamente al día... etc.", ellos están dispuestos a creerlo y a aplaudir a lo que haga falta. En su valoración de nuestra *kultura* gozan de la misma ventaja que supone no saber inglés para escuchar cierta música anglosajona: la letra no te estropea la música.

El cuerpo social vasco, además, está empapado de nacionalismo, y éste, según se sabe, proporciona una garganta elástica o de boa, que permite tragar, como a la serpiente cabras, a nosotros ruedas de molino. Los vascos vivimos de consignas: si nos dicen que nos guste, nos gusta. Nos solemos considerar el colmo de la rebeldía pero en realidad la heterodoxia nunca ha sido lo nuestro: la rebeldía aquí es siempre en grupo, bien obedientes a la consigna y sin que nadie se salga de la fila.

Y en cuanto a esa cuarta parte de los vascos que habla vascuence, ¿cómo vive "su" *kultura*? En mi opinión, ignorándola tranquilamente. En esto no tienen un comportamiento muy distinto de sus conciudadanos castellanófonos: están dispuestos a aplaudir a lo que haga falta con tal de no tener que leerlo ni verlo. Sólo un pequeño sector de este pequeño sector, una especie de resto de Israel de correosas convicciones, consume habitualmente cultura en euskera y es su verdadero cliente. Llega incluso a veces (según el punto de correosidad) a consumirla a exclusión de cualquier otra. Desde fuera es difícil entender cómo puede nadie someterse voluntariamente a esta dieta: hay que tomar en cuenta la fuerza distorsionadora del nacionalismo, que ritualiza todo lo que tenga que ver con la lengua. Para el nacionalista, el euskera, como el agua del Jordán, lo redime todo y es capaz de transustanciar lo que en otro idioma sería a sus propios ojos un bodrio, en obra interesante y merecedora de laud. Hay un elemento previo y casi definitivo en esta valoración: aquello está escrito en el idioma. Para contrapesar esta virtud de base e inclinar la balanza negativamente, la obra debería ser de una horripilantez prácticamente sobrehumana.

Por amor a la lengua todo el mundo está dispuesto a aburrirse mucho y además a creer que se divierte: les pasa lo que, según Georges Brassens, a muchas mujeres cuando hacen el amor con sus maridos, a los que aman: *elles s'enmerdent/ sans s'en apercevoir*.

No me resisto a poner un ejemplo, y voy a hacer algo que sé imperdonable, algo verdaderamente desastroso para un texto vasco: traducirlo sin contemplaciones, es decir, dejándolo tal cual es (en todo su horror) pero despojado de su parapeto habitual: esa neblina refractaria de la lengua, esa subsidiación sentimental que automáticamente los vascos concedemos a nuestras cosas. Véase:

UNA PALOMA BLANCA SE ME HA ACERCADO  
ESTA MAÑANA AL AMANECER  
¡QUÉ ALEGRÍA ME HAN PRODUCIDO,  
QUERIDOS SEÑORES, SUS PALABRAS!  
Y YO AHORA ESTOY ANTE USTEDES  
LLENO DE CONTENTO.  
LO PRIMERO, BUENOS OYENTES,  
BUENOS DÍAS A TODOS DE CORAZÓN.

Esto, me interesa insistir, no es una parodia: aunque cueste creerlo, es una traducción fiel<sup>3</sup> de una de las composiciones más glosadas del *bertsolarismo* de este siglo. Esta rara perla ha hecho correr, si no ríos, regachos de tinta. Algún crítico, por ejemplo, ha dicho que en este verso el autor se revela versado en literatura romántica (sic, *literatura erromantikoan jakitun*, por lo de la paloma, me imagino). Aduzco esto con dos objetos: dar una idea de la pavorosa mediocridad en que se ha movido y se sigue moviendo el bertsolarismo oficial, y sobre todo para mostrar con qué arrojada unción puede llegar un estudioso nacionalista a hablar de un evidente engendro, cuando el engendro es vasco<sup>4</sup>. Esta inmoderada práctica de la hipérbole y el autobombo, y la costumbre —plenamente vigente— de usar un juego de pesas y medidas trucado cuando lo que se trata de enjuiciar es vasco, han acabado por convertir esta cultura en algo que, volviendo a la imagen del concurso de belleza, podríamos llamar un picio piropeado. Piropeado, para colmo de patetismo, por sí mismo, ya que entre nosotros críticos y autores suelen ser uno, por turnos. Tengo la sensación de no haber leído hace años una crítica que le cante las cuarenta a una obra en euskera. Que sencillamente diga: "Esto es malo, muy malo, incluso malísimo". Esto todavía era bastante frecuente hace algunos años, cuando teníamos entre nosotros por ejemplo a Aresti y, más aún, a Mitxelena, que en los últimos diez o quince años se levantaba de vez en cuando, armado de su poderosa mala leche, a denunciar las majaderías habituales de la cultura vasca. Pero desde su muerte, se acabó<sup>5</sup>: la crítica aquí va del panegírico más o menos amiguista a la reseña por transcripción de solapa, si se me permite la expresión. En el peor de los casos, el silencio. Esto puede deberse, qué duda cabe, a que nada sea malo, pero por lo dicho hasta ahora el lector ya se habrá percatado de que no me parece muy probable. En realidad tanta autocomplacencia y tanta tolerancia por parte de la sociedad son síntomas de algo más grave, que deprimir mucho a los que se mueven en este mundo, pero que, al contrario, parece no importarles nada: la indiferencia social. Salvo los autores, en la sociedad vasca casi nadie se toma en serio estas cosas; no al menos como para darse el trabajo de examinarlas y criticarlas. Es como, por ejemplo, el teatro parroquial o las redacciones escolares, que tampoco suelen merecer crítica pública sino siempre parabienes y elogios circunstanciales, *para no desanimar a los chicos*. Con esta actitud de *no desanimar a los chicos* mira la sociedad vasca a su *kultura*. Pero tal vez lo que habría que hacer sería precisamente desanimarlos. Al menos a muchos de ellos.

Volviendo a nuestro *bertso*, es todavía más difícil de creer que estas cosas levanten entusiasmos y hasta arranquen lágrimas de los oyentes. Produce perplejidad. Yo no sé juzgar qué efecto pueden tener en un rústico iletrado. Estoy dispuesto a creer que le gusten sinceramente (aunque mi sospecha es que al rústico precisamente es a quien menos le gustan); en todo caso, no puedo ponerme en su lugar ni hablaré por él. Pero cuando veo a gente urbana, culta, letrada, hasta con afición a la literatura, poner los ojos en blanco ante estas ramplonerías en ripio y aún mucho peores, entonces sí me siento capacitado para opinar: esta gente miente. Se miente fundamentalmente a sí misma y luego a los demás. Aquello, no digo que no, será si se quiere un ritual nacionalista, un acto (le

---

<sup>3</sup> Se me dirá que denigrar toda una cultura por el procedimiento de traducir una estrofa es pura piratería. Tal vez sea cierto. Pero claro, no puedo poner una novela entera, ni el poema *Euskaldunak*. No me caben. La muestra por fuerza había de ser reducida. Y esta muestra, créanme, es muy representativa: desde luego no es ni con mucho lo peor que podía haber puesto, y para encontrarlo tampoco he tenido que fatigar demasiado el rico repertorio de prodigios de la literatura vasca. En realidad, de tantos que podía poner, no sabía a qué *bertso* quedarme.

<sup>4</sup> Hablando (le estas cosas con gente de la cultura vasca, que en privado acaba por reconocer que son vergonzosas, suelo sacar la impresión de que su postura es parecida a la de Truman para con Anastasio Somoza; según dicen, solía comentar: "Es un hijoputa, pero es nuestro hijoputa").

<sup>5</sup> Recuerdo una columna periodística, de Ibón Sarasola, creo, si es que no lo he soñado, en que, a la muerte de Michelena, se preguntaba quién iba a ahora a tener a raya a la corte de demenciados de la cultura vasca. Su preocupación se ha revelado plenamente justificada: nadie.

comuni3n ideol3gica, una ceremonia de hermanamiento; ser3 todo lo que se quiera y tendr3 mil justificaciones y me parece muy bien, pero el goce, el disfrute b3sico, fisiol3gico, directo, sincero, no existe, es una pantomima.

Una pantomima m3s, claro. En el Pa3s Vasco siempre acaba por dominar en todo el elemento ideol3gico, controlado, cerebral, obediente, por encima del placer: el simple, el inocente y necesario placer que nos viene de las tripas. El p3blico de la cultura en euskera me recuerda irresistiblemente al de los programas cutres de la tele (pero en mejor; al nuestro no hay que pagarle): r3e y llora, se calla o mete ruido, seg3n le va indicando un cartelito luminoso oculto a la c3mara. En nuestro caso, el cartel va incorporado al cerebro en forma de intensa ideologizaci3n. Si no estuvieran tan bien amaestrados, si se pusieran a seguir sus inclinaciones, sinceras, no podr3an existir ni la televisi3n basura ni gran parte de a cultura vasca.

Entre nosotros casi todo se vuelve enseguida rito y catecismo. En este tipo de cosas es donde se nota que la iglesia cat3lica nos tiene todav3a, contra lo que se cree y se pretende, bien agarrados por los cabellos (si me dejara ir, utilizar3a una palabra m3s expresiva).<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> [Esta nota est3 vac3a en el original]

## La razón

*" Je refuse le genie des anciens Troubadours  
aux Jasmin, Mistral, et cie. Tous ces  
messieurs pensent en français. Je les  
considère comme des excellents poètes  
français qui s'amuse à travestir dans cet  
occitan moderne et désagréable leurs belles<sup>7</sup>  
pensées, mais seulement belles à la française  
(...) Je crains de vous avoir scandalisé..."*

Louis Lucien Bonaparte, Lettre a Wentworth  
Webster, RIEV.

La poca calidad de las letras vascas puede explicarse por muchos factores, numéricos, históricos y de varia índole, sin recurrir a suponernos a los vascos una impotencia congénita para la cultura, aunque desde luego nunca hemos brillado mucho en este campo (otras virtudes tenemos). Yo me voy a ceñir a examinar una razón a mi entender fundamental, evidente y casi nunca mencionada por puro miedo a la verdad y pura convención social: la enorme insinceridad lingüística que subyace a toda la cultura vasca.

El problema en realidad es social: parece razonable pensar que una cultura necesita unas raíces, un humus, en definitiva una sociedad de la que nacer y con la que estar en saludable relación de retroalimentación. Pero esta relación a mi entender sólo existe en muy modesta medida entre la sociedad vasca, ni siquiera la vascoparlante, y esta que supuestamente es su cultura. Por debajo de las alharacas y los repartos de premios, hay en realidad muy poco en la sociedad vasca donde pueda enraizarse todo esto, y me refiero al nivel puramente lingüístico: en efecto, a partir de cierto nivel de educación es difícil encontrar a alguien que sinceramente pueda decir que el euskera es su idioma de fondo. No me refiero a quien ha decidido que el euskera es su idioma, a quien ordena al euskera ser su idioma —de estos hay todos los que se quiera— sino a aquel en quien, al contrario, es el euskera quien manda, porque rige el curso de su pensamiento. Por lo que he podido ver, la vivencia sincera y natural, no ideológica, del idioma casi solamente existe en sectores sociales que apenas hacen ni consumen cultura. De ahí que la cultura vasca sea protagonizada en gran parte por transfugas de la cultura mayoritaria. Por desgracia este transfuguismo, como es lógico, no atrae precisamente a quienes mayores posibilidades de éxito tienen en su cultura original.

Así, en los medios urbanos castellanoparlantes del país, fuera del ámbito donde el euskera es realmente un idioma vivo, han surgido unos curiosos clubs o guetos, lo que suele llamarse el "mundo del euskera", cuyo lazo de unión es el ejercer voluntariosamente la vascofonía. Merece la pena detenerse a examinar este pequeño grupo social y su comportamiento, porque es fundamental a la hora de entender algo de la cultura vasca actual. En esta vascofonía de invernadero, el euskera crece raquítico, falto de luz y fondo de tierra, no se sabe si resucitado o al contrario envenenado por

---

<sup>7</sup> Este adjetivo es, me temo, lo único de todo este curiosísimo texto del príncipe Bonaparte que no puede aplicarse tal cual y automáticamente a la mayor parte de la cultura en euskera.

tanto abono, insecticida y producto vigorizante como se le administra. A la gran pobreza de recursos que padece de por sí la lengua vasca, se le añade el agravante de que en estos pagos para casi todos (muchas veces para todo el mundo) el vascuence es una segunda lengua en todos los sentidos menos el ideológico. El conocimiento y la fluidez en el idioma va de la corrección al más absoluto horror, pero en el tenor general es renqueante, a menudo cercano al ridículo, y muchas veces reduce la comunicación a niveles desesperantes. De ahí les viene a estos ambientes cierta grisura, cierto aire conventual, una leve rigidez mortuoria, conjurada y exorcizada con mucho alcohol y mucho despiporrante *afari*, pero que sigue siendo manifiesta al ojo observador<sup>8</sup>. El problema es que aquí no se trata solo, y tal vez tampoco fundamentalmente, de comunicarse sino de comulgar, cosas que sólo etimológicamente son lo mismo. Si para eso hay que perder la naturalidad discursiva, la espontaneidad y una parte considerable de nuestra capacidad de expresión, ese precio al parecer es pagable para ciertas mentes. Como no podía ser menos, un juegucito de esta índole atrae sobre todo a gente de determinado corte mental: notoriamente a muchos curas, semicuras o ex-curas, que siempre han constituido el corazón de la vascofonía "cult"; estos, en efecto, en su opción vital han renunciado al goce del mundo para dedicarse a tiempo completo a su menester soteriológico (salvar almas, salvar el euskera...); no les puede pues importar demasiado en qué idioma bandear una insuficiencia afectiva que de todas formas estaba en el programa. Por otro lado, a esta feria acuden muchas personas con una personalidad muy característica del País, cierta enfermedad afectiva ambiente, podríamos decir, que, por diversas razones, desean comunicarse cuanto menos mejor. No puede sino atraerles un mundo en el que, por mucho que bajen la guardia, el propio vehículo les controla y limita la expresión; si no tuvieran el euskera, otra mordaza encontrarían que ponerse.

El funcionamiento de estos grupos, por lo demás, es curioso. Tal como los he descrito podría parecer que son algo asimilable a, digamos, una sociedad de amigos del *bonsai*; pero no es exactamente eso: se parecen más a un grupo de juramentados decimonónicos, atados por su compromiso mutuo de no hablar castellano (generalmente su idioma). El ingreso en la hermandad es naturalmente voluntario, suele ser incluso entusiástico, pero una vez establecida la red, ésta desarrolla un sutil y algo malsano control de sus miembros, ya que ser sorprendido hablando español con un vasco sería para cualquier hermano un escándalo. La cosa acaba (cómo no, estando en el País Vasco), en disimulos, comedias y comportamientos vergonzantes<sup>9</sup>. No estoy exagerando lo más mínimo: He visto muchas veces a personas que nunca hablan entre sí otra cosa que castellano pasarse al euskera, con evidentes muestras de azoramiento, por la única razón de que a distancia auditiva ha ingresado un cofrade, y volver al único idioma que poseen correctamente sólo cuando este desaparecía. Lo más gracioso es que el coaccionado de turno actuará a su vez de coactor más o menos involuntario en otra ocasión, y entre todos se tienen bien vigilados.

Por desgracia o por suerte el simulacro no puede mantenerse las veinticuatro horas; todo el mundo necesita ejercer su verdadera identidad un mínimo de tiempo al día. Así que en los momentos de intimidad, o cuando el cansancio o la emoción relajan las ataduras ideológicas, o sobre todo cuando nadie les ve, hablan, furtivos y culpables, con delicia, en su idioma: el castellano. De esto habla un certero, artículo de Bernardo Atxaga: de la ansiedad que produce esta doble vida en que muchas

---

<sup>8</sup> Uno de las más recientes creaciones del *kitsch* vasco es *el txiste avari*, cenas en euskera en las que se paga a alguien muy gracioso para que venga a contar chistes. Que la diversión en una cena de amigos corra a cargo de un "técnico", es sintomático de que en estos medios la capacidad de expresarse con humor y naturalidad es absolutamente excepcional, y por tanto profesionalizable y pagable. Ello denuncia el nivel de maniatamiento lingüístico que sufren los participantes. De hecho el mensaje que vehicula la propaganda de estas cenas chistosas es más o menos *¡también en euskera te puedes divertir!* Sólo les falta añadir: *¡El imposible vencido!*

<sup>9</sup> Hay un curioso proyecto de EKB para marcar el ganado, perdón la ciudadanía, con un distintivo especial que identifique a los vascoparlantes. Me imagino que una de las ventajas del sistema sería localizar fácilmente al que no cumple con su deber. Lo siguiente —les sugiero— podría ser ponerle una multa.

horas al día se practica un simulacro de identidad negando y prohibiéndose a sí mismo (muchas veces con una vehemencia reveladoramente desproporcionada) lo que constituye el forrado de uno.

Es en este vivero y este terreno de juego donde nace gran parte de la cultura vasca, y no allí donde el idioma posee una realidad psicológica en los individuos y se vive con sinceridad y sin autoimposiciones. Creo que es a Patziku Perurena a quien le he leído las reflexiones más certeras (y amargas) sobre esta falacia medular que subyace a tan gran parte de las letras vascas, aunque no llega a expresar sino veladamente lo que se deduce de todo ello: que cada cual debe expresarse en su idioma, que hablar castellano no es ningún pecado, que un idioma desvinculado de las vivencias nucleares de alguien es siempre para él un simple apósito, por mucha ideología que le eche, y que la cultura que pueda nacer en estas condiciones difícilmente pasará de ser lo que esos cuadros pintados por minusválidos con los pies o la boca: algo de mucho mérito y ningún interés<sup>10</sup>, que se compra sólo por compasión. Tal vez Perurena se atreva a decirlo: el formar parte en definitiva del círculo, aunque sea en postura de francotirador, puede impedir formular inequívocamente las conclusiones que parecen a punto de saltarle de los labios.

Una cultura, pues, en gran medida producida por gente que siente y piensa en castellano, para gente que también piensa y siente en castellano. Recuerdo una certera frase de Juan Gartzia en que decía que, entre nosotros, las traducciones son traducciones, y los textos originales también son traducciones: las unas confesas y los otros vergonzantes. Lo que no se pregunta Gartzia, y parece que debería preguntarse, es qué sentido tiene esto y sobre todo qué calidad puede esperarse de una actividad basada en increíble proporción en la comedia y la autonegación. Porque no hay que olvidar que aquí no se trata de hacer prosa burocrática ni impresos administrativos, sino, por ejemplo, literatura que por definición supone la rebelión de una verdad íntima frente a la mentira social y a las distorsiones esquematizadoras. Gracias a ella, nuestra verdad radical debería conseguir hacerse un sitio, siquiera modesto, en un espacio público infestado de consignas, propaganda, intereses comerciales, manipulación y tambores oficiales. Debería ser un respiradero para la verdad no estadística. ¿Puede ser esto la cultura vasca? De la insinceridad no nace nada. Nada bueno, quiero decir, y a los hechos me remito. A este respecto, dice Bernardo Atxaga que él empezó a escribir en castellano pero que se pasó al euskera cuando se dio cuenta de que en castellano estaba traicionando a su mundo afectivo más íntimo, sus experiencias más básicas. Nunca he oído una razón mejor para escribir en euskera. Mejor dicho, nunca he oído ninguna otra razón posible para escribir en euskera. Si se aplicara este mismo sentido común a las letras vascas ¿Qué quedaría de ellas? Probablemente lo mejor.

Pero en un mundo dominado por las consignas, con esa desafortunada afición que tenemos los vascos a cantar ópera (casi siempre zarzuela), es locura pedir sensatez. Para sobrevivir en un manicomio hay que ser el más loco.

Volviendo a las palabras de Juan Gartzia, que cuanto más se piensan más acongojan, hay que decir que esto de intentar colocar como original vasco lo que se ha concebido, vivido y sentido en otro idioma (el idioma enemigo, precisamente), además de darse en el interior del individuo, que es lo más grave y no dejará de pasar costosas facturas psicológicas, es también muy corriente como práctica institucional en numerosas farsas con las que las administraciones vascas pretenden vender a no sé quién el camelo de la vitalidad del euskera (y me imagino que en el fondo el de su política lingüística como cosa que sirve para algo). Voy a citar dos ejemplos: en el festival de cine de San Sebastián es habitual proyectar dobladas al euskera las películas vascas realizadas en castellano. Me

---

<sup>10</sup> Siempre me ha llamado la atención lo dados que son los vascos, en esta como en otras cuestiones, a valorar de las cosas mucho más el mérito que el interés. A favor del bertsolarismo, por ejemplo, se suele aducir la tremenda dificultad de la improvisación. Del interés del resultado, ni palabra. Con esta visión del artista como domador de pulgas no es de extrañar que luego salga lo que sale.

imagino que querrán venderle a algún foráneo que todo aquello son originales vascos o ¿es que tiene eso la misma función que el mástil con ikurriña que hay en el jardín?. Al decidir estas cosas, estos funcionarios cinéfilos destrozan de paso la película, claro, quitándole la riqueza del sonido original sustituido por uno de esos horrisonos doblajes en similivasco con que nos tortura la ETB1. La audiencia, por supuesto es casi totalmente monolingüe castellana, pero ¿qué importa?<sup>11</sup> Pudiendo tener un comportamiento ritual y simbólico, ¿para qué tener uno real y comunicativo? Lo esencial se ha conseguido: presentar el simulacro como realidad y aparentar ante el extraño que aquí esto del vasco va viento en popa. Si la película se resiente, es claramente secundario. Y lo más gracioso es que nadie protesta (menos en privado: hay que oír a los directores víctimas del asesinato) porque en esto del vasco, nadie se atreve a protestar: puede salir caro.

Otro ejemplo: Tomo en mis manos un precioso libro de arquitectura sobre el caserío vasco, una verdadera joya, editada por la Diputación Foral de Guipúzcoa. El texto está sólo en euskera. Alentado por la repetida pero nunca suficientemente frustrada esperanza de encontrar algo bueno directamente compuesto en euskera, empiezo a leerlo. La sintaxis desquiciada, las ambigüedades léxicas, los errores, la rigidez y pesadez del texto, cuasi ininterpretable, no pueden engañar: esto es una traducción, además mala, y no precisamente de las intracraneales que mencionaba antes, sino de las descaradas. Al final del texto encuentro dos apéndices en letra pequeña impresa a dos columnas: Las "traducciones" española y francesa del "original" vasco. Empiezo a leer y sigo con fruición una excelente redacción castellana: acabo de dar con el original. Y apunto en mi libreta de cabreos un nuevo caso de camelo funcional cometido a costa de la calidad de una obra.

No me voy a cansar en buscar más casos: todo el mundo sabe que este tipo de pamemas son frequentísimas.

---

<sup>11</sup> Esto de dirigirse a una audiencia en un idioma que no entiende no lo han inventado los vascos. Hernán Cortés, por ejemplo, en su primer encuentro con los indios solía leerles un kilométrico requerimiento en castellano donde les explicaba por qué tenía derecho a conquistarlos. Al parecer lo ridículo de la cosa despertaba gran hilaridad incluso entre los mismos conquistadores. A mi la escena me recuerda a muchas cosas que veo a diario en este país.

## La profesión

Pero me interesa no abandonar el hilo de estos "mundos del euskera". Hay un rasgo suyo, muy importante, y que está a la vista de todo el mundo, pero que no encuentro reseñado en ninguna parte: estos euskaldunes urbanos practicantes, y militantes, viven casi sin excepción de vender euskera. Insisto en que me refiero sólo a los medios urbanos castellanoparlantes del país, que son los que conozco bien. Aquí, el grueso de la gente que usa el euskera con asiduidad, que ejerce su vascofonía, trabaja en una actividad cuya tarea principal, cuya razón de ser, es utilizar y hacer utilizar la lengua: irakasles, andereños, técnicos de euskera, traductores, periodistas, locutores... etc. No es que hablar euskera en nuestras ciudades sea sólo un oficio, pero me atrevería a decir que va siendo fundamentalmente un oficio y cada vez más un oficio. Es cierto que, fuera de los núcleos de profesionales, existe cierta población euskaldun, inmigrante, que habla su idioma de forma amateur, sin cobrar, ya que su contribución a la sociedad es de naturaleza más tangible. Pero estos son pocos, y sobre todo no tienen ningún peso: el tinglado no está montado por ellos ni para ellos. Está montado cada vez más para los otros: para una especie de élites subvencionadas que se venden euskera a sí mismas. Lo cual no les impide declararse a troche y moche perseguidas, marginadas, acosadas e incluso acorraladas, por decirlo en términos muy queridos por la paranoia ambiente.

El "mundo del euskera" cobra por mover la lengua y moverla en ese idioma. Entender este hecho ayuda a ver más claro en ciertas actitudes estridentes que se prodigan mucho: ayuda, por ejemplo, a deslindar, en la eterna reclamación de más dinero para el euskera, qué hay de reivindicación laboral encubierta, y qué de desinteresada reclamación de justicia, que también la hay. En este entorno, más dinero para el euskera significa de forma muy directa e inmediata más dinero para mí y mis amigos; las ideas y los intereses coinciden, situación siempre peligrosa (en un tiempo era algo que se le reprochaba mucho a la burguesía), y que puede despertar serias dudas sobre la honradez de un movimiento.

Al escéptico, un oído interior le traduce las soflamas justicieras al uso a términos más humanos.

Esta profesionalización depende casi enteramente, cómo no, de la Administración, bien directamente (funcionarios), bien vía subvenciones. Precisando más, es el sistema educativo el que absorbe a casi todos estos euskaldunes de nómina. El esfuerzo administrativo de recuperación del idioma, en efecto, se centra en la población escolar, no por casualidad: la enseñanza siempre es el escenario preferido del reformador social. Los escolares y estudiantes, en efecto, no pueden salir corriendo cuando asoma el reformador, como tienen por costumbre los adultos. Esta preciadísima característica suya los deja a la merced de cualquier experimento, sin que haya que pedirles permiso.

No voy a hablar de la efectividad de la enseñanza para resucitar el euskera donde ya no se habla o implantarlo donde nunca se ha hablado<sup>12</sup>.

El tema es vidrioso y tentador pero me apartaría demasiado de mi camino. Sí quiero, en cambio, hacer unas observaciones, que me pillan de paso, sobre la dependencia entre la cultura en euskera y el sistema educativo. Algunos párrafos atrás decía que la clientela de la cultura vasca era un pequeño subsector de los vascoparlantes nacionalistas. Me refería entonces, naturalmente, al mundo por así decirlo civil. Olvidaba mencionar el verdadero balón de oxígeno que mantiene viva a la kultura en todas sus manifestaciones: la escuela en euskera. A la vista de la indefinida huelga de interés de la sociedad en general, la *kultura* ha evitado el desastre nuevamente refugiándose en terreno protegido y especializándose en el mejor de los consumidores: el forzoso.

Por ejemplo: hace unos meses el *Egunkaria* reseña que se ha fundado una organización, de fondos ampliamente públicos, supongo, para introducir y difundir en las escuelas e institutos cine doblado al euskera. «En las salas comerciales» —comenta, audaz, el periodista euskaldun—, «va poca gente». Y es cierto: voluntariamente y pagando casi nadie iría a ver una película en euskera, salvo quizás algunos incautos que nunca perdemos la esperanza de cambiar de opinión. ¿Qué hacer? ¿Constatar que nadie necesita nada de todo esto y resignarse? Los vascos, gente celebradamente emprendedora, no se resignan nunca: y si el sector voluntario muestra esa reprochable desafección, hay que buscar una masa de población de cierta envergadura a la que no haya que pedir permiso para sentarle a ver un espectáculo en euskera. Esto, en una sociedad democrática, sólo puede conseguirse con menores de edad. Y es aquí donde han conseguido sobrevivir tanto el cine como el teatro en euskera.

Fuera de la pura anécdota, lo interesante, lo significativo de esto, es lo mal que se defiende la cultura en euskera en los medios que podríamos llamar conspicuos, es decir el cine, el teatro, etc., que por su naturaleza no pueden disimular su incidencia real sino que esta queda inmediatamente a la vista. A la cultura en euskera esta conspicuidad le resulta prácticamente letal; recuerda en esto a un conocido espectro centroeuropeo, al que la luz del día le sentaba también como un tiro y que además, como nosotros, no estaba exactamente vivo pero tampoco exactamente muerto (*Undead*, creo que le llama la novela original: el no-muerto). Este tipo de medios, inevitablemente expuestos a la inmisericorde luz de la realidad, languidecen y sólo sobreviven, si se me permite la expresión, en coto, con caza sembrada, donde las piezas no pueden escapársele ni a la más torpe escopeta. Cabe sospechar, viendo cómo la publicidad acarrea casi siempre el desastre, que en los otros medios en realidad pase más o menos lo mismo, con la única diferencia de que allí la cosa puede ignorarse más fácilmente y disimularse mediante varios procedimientos de los que ya he hablado. ¿Es extrapolable lo que sucede en los espectáculos en euskera a los otros campos de la cultura vasca? Mi impresión es que en cierta medida, difícil de precisar, sí.

---

<sup>12</sup> En mi opinión es más que dudosa. Hay unas luminosas páginas de Fishman (*Reversing Language Shift*) sobre la incapacidad de la enseñanza para implantar lo que no existe en la sociedad y sobre la ingenuidad de creer en milagros por esta vía. Si la presión vasquizadora se hace sobre todo sobre los escolares, no es precisamente porque el problema de la minorización de la lengua vasca esté allí, sino porque donde verdaderamente está, es decir, en la voluntad social, en el hecho de que el común de los ciudadanos vascos no muestra mayor intención de dejar de hablar castellano, aquí, digo, la intervención pública es imposible, al menos en un sistema democrático. Conque a falta de poder poner el remedio donde está el mal, se dedican a los niños, único sector de la población que durante varias horas al día es controlable por la administración; es algo parecido al chiste de Otto y Fritz (se lo copio a Atxaga) en que Otto busca una moneda a muchos metros de donde se le ha caído "porque aquí hay luz y allá no".

En cuanto a que no puede forzarse la voluntad social desde la administración, a veces se ven cosas que parecen decir lo contrario. En la oferta pública de empleo, por ejemplo, muchas veces se puntúa saber euskera como mérito puramente ideológico, fuera de toda razón profesional. Para el trabajo no sirve de nada ni nunca ha de usarse; sirve para la construcción nacional. Ahora bien ¿tiene derecho una administración a premiar ciertas características de la ciudadanía, cuando no son relevantes para su función? No lo creo, y además, en ese caso no se ve por qué habría de limitarse la cosa a la oferta de trabajo público. Si de lo que se trata es de torcer la voluntad social, podría también contarse el euskera como mérito para, por ejemplo, la adjudicación de viviendas públicas o cosas similares. Yo no veo ninguna diferencia.

## La conclusión

Voy a acabar, porque las dimensiones de este escrito escapan ya a cualquier estándar y porque se me agota el venero de irritación que me movía. Pero me gustaría recapitular la esencia de estas reflexiones.

Vengo a decir dos cosas, y parece mentira que me haya costado tanto decirlas: primero que la cultura vasca es mala. Incluso muy mala. Salvo excepciones, es una cultura pueblerina y sin interés, que no puede bastar para la formación de nadie. Esto, en sí mismo, no constituye ninguna crítica: por diversas razones es lógico y previsible que sea así. Lo que no es tan normal y sí merece crítica, es intentar presentarla, como se hace constantemente, como un equivalente o incluso posible sustituto de la cultura mayoritaria del país, con vocación de ser algún día su cultura única; esto en mi opinión es peligroso e irresponsable, sobre todo teniendo en cuenta que las víctimas de la "homologación" van a ser los jóvenes. El día en que estos dejen de educarse en culturas «extranjeras», por seguir usando jerga paranoica, y las sustituyan por la "propia" (y esto, no me cabe duda, es lo que muchos pretenden e incluso ya van consiguiendo), habremos dado un gran paso en el descerebramiento del país, cosa que no puede sino preocupar a alguien con un poco de conciencia.

Claro que el descerebramiento conecta bien, la verdad sea dicha, con el espíritu de los tiempos: en la aparente regresión a la barbarie que vivimos, parece que los vascos vamos bien situados. No es que nos hayamos movido nosotros de la cola a la cabeza de la tensión histórica; nosotros, lo sabe todo el mundo, no nos movemos nunca. Es la tendencia la que se ha invertido y en esa vuelta atrás nos ha pillado donde siempre: en nuestro amado primitivismo, convertido súbitamente en primor de modernidad, como esos estratos vetustos que un oportuno plegamiento desentierra y deja por encima de materiales mucho más recientes. No hay como tener paciencia para que algo vuelva a ponerse de moda.

En segundo lugar, he querido poner de manifiesto el muy bajo nivel de realidad, tanto social como personal, de este tinglado: la cultura vasca consiste en gran parte en un continuo, y desesperante, "hacer como si", con la esperanza, me imagino, de que algún día haya un punto de inflexión y la cosa eche a andar. Por ahora el motor rueda mayormente en vacío por mucho que los pasajeros pongan aplicadamente cara de velocidad. Esto, curiosamente, no es exactamente algo que se ignore. Al contrario, parece estar en la mente de todo el mundo, aunque rara vez se diga, y menos públicamente. La idea subyacente parece ser la de resistir, disimular, que algo exista, aunque sea un simulacro, que a través de la noche un hilo de luz —*gure acaben lokarri zabarra*— una el último crepúsculo con el próximo amanecer. Pero ¿verdaderamente se puede llamar a esto existir? En esta cuestión más que en ninguna, *esse est percipi*, el objeto no existe fuera del acto de percepción. Estas cosas sólo existen en la medida en que tienen una penetración social. Pero no la tienen. Es terriblemente sintomático que cuando por la naturaleza del medio esa penetración no puede maquillarse ni simularse sea generalmente cercana a cero y el medio decaiga hasta casi desaparecer. Una parte considerable de la cultura vasca, me temo, no tiene otra forma de existencia que la que le confiere el figurar en las estadísticas; las mismas estadísticas con las que el funcionario o criptofuncionario de turno, inasequible al desaliento, nos demuestra que en esto del vasco todo va que chuta, en gran parte, por supuesto, gracias a él.

Para expresarlo jugando con una imagen tópica, mi opinión es que la cultura en euskera tiene los pies de barro; pero desgraciadamente no es ningún gigante. Ni con mucha imaginación se la puede

considerar un gigante. Es, por decirlo con corrección política, de extensión vertical sumamente reducida, y para colmo de males, tiene los pies de barro.

## Apología

Pido perdón. Merezco la piedra y la soga por sacar al sol esta gusanera en el idioma extraño y con información, diríamos, confidencial. Yo, Efiates, enseño a los persas el camino, la vereda fatal. Sobre la carne rosa de la Patria, señalo con frío puntero el punto flaco, las blandas cavidades corporales donde la flecha enemiga morderá mejor. Y sin embargo pido perdón, y espero merecerlo porque yo también lo hago por amor. Poseído del sentimiento justiciero del operario de fumigación, veo abatirse la nube de termitas y caer las bolsas de larvas que criaba el cuerpo enfermo. Escudriño las deposiciones y alborozado veo que la Patria caga por fin la cabeza de la tenia. Así pues, reclamo para mí el título supremo: patriota; sí señor, yo también soy *abertzale*. Y a pesar de este desahogo que me permito con mis compatriotas, espero que, cuando la postrer guadaña me cercene el sustentáculo de la boina, también yo reciba una pequeña concesión en el Walhalla, una parcelita con buena orientación en las praderas de Aitor, donde los vascos bailan por fin la *mutildantza* eterna, al son de inextinguible *txalapartas*, *tels qu 'en eux mêmes enfin l' éternité les change*.